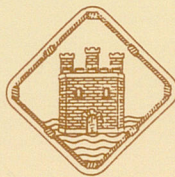


ANNALES COMPLUTENSES

Anales COMPLUTENSES

VOLUMEN XIX
(2007)



Institución de Estudios Complutenses
Alcalá de Henares

VOLUMEN XIX (2007)



Anales COMPLUTENSES

VOLUMEN XIX
(2007)



Institución de Estudios Complutenses
Alcalá de Henares

CONSEJO DE REDACCIÓN

JOSÉ LUIS VALLE MARTÍN
(Director)
JUAN BLANCO AYUSO
LUIS DE BLAS FERNÁNDEZ
JOSUÉ LLULL PEÑALBA
M.^a ÁNGELES SANTOS QUER
FRANCISCO VIANA GIL
MARGARITA VALLEJO GIRVÉS

GEMA GORDO FRAILE
(Secretaria)

INSTITUCIÓN DE ESTUDIOS COMPLUTENSES

Edificio Santa Úrsula
C/. Santa Úrsula, 1 - Despacho 2
28801 Alcalá de Henares (Madrid)

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de este libro.
La I.EE.CC. no se hace responsable del contenido de los trabajos publicados.

I.S.S.N.: 0214-2474
Depósito Legal: M-36530-1995

Imprenta: MANUEL BALLESTEROS. INDUSTRIAS GRÁFICAS, S.L.
Plaza de los Irlandeses, locales 2 y 3. 28801 Alcalá de Henares (Madrid)



ÍNDICE

Consejo de Redacción	2
ACTIVIDAD INSTITUCIONAL	
Junta de Gobierno	9
Memoria de Actividades	11
Catálogo de Publicaciones	23
Introducción	31
CONFERENCIAS	
<i>Calas en la Lirica Complutense</i> , por RAMOS OREA, Tomás	55
<i>Interacción de la I.EE.CC. con el CSIC, la CECEL y otros organismos nacionales</i> , por GARCÍA GUTIÉRREZ, Francisco J.	87
ESTUDIOS	
<i>Bautismo de los Cervantes Cortinas en Alcalá</i> , por BARROS CAMPOS, José	99
<i>Hospital de pobres de Santorcaz</i> , por MORALES MARCOS, Felipe	133
<i>Fiestas de recibimiento de las reliquias de San Félix de Alcalá (1607)</i> , por SÁNCHEZ MOLTÓ, M. Vicente	159
<i>Vacuna de la viruela. Llegada a Alcalá de Henares y su zona de influencia</i> , por VALLE MARTÍN, José Luis	199
<i>Las Tesis de Alcalá (1601-1603). Tres doctores de Alcalá y cuatro jesuitas comparten juntos una cárcel de la Inquisición</i> , por LÓPEZ PEGO, Carlos	233

El despoblado de Baezuela, el Soto de Aldovea y el Mayorazgo de los Mendoza complutenses en los comienzos del siglo XIX, por DE DIEGO, Luis Miguel 259

FONDOS BIBLIOGRÁFICOS Y DOCUMENTALES

La biblioteca de Don Luis de Esquivel, cura párroco de la Iglesia de Vicálvaro (1662), por BARRIO MOYA, José Luis 277

Ramillete de nuevos impresos de Alcalá de Henares entre 1701 y 1800, por BALLESTEROS TORRES, Pedro 297

"El Empecinado" se queja de los procedimientos del "Cura de Tamajón", por GUTIÉRREZ GARCÍA-BRAZALES, Manuel 325

Documentos relativos al estado de conservación del patrimonio artístico de Alcalá de Henares durante la II República y la Guerra Civil, por LLULL PEÑALBA, Josué 335

Santos "Complutenses" en tierras de Galicia. I. Lugares en los que conocemos su presencia, por GIL GARCÍA, Eduardo 367

RESEÑAS

El Patrimonio Heredado. El casco histórico de Alcalá de Henares, de Alberto Moreno Peral, por Margarita VALLEJO GIRVÉS 397

La biblioteca de los Huerta Calopa: recuerdo y testimonio, de Francisco Javier García Gutiérrez, por M.^a Jesús VÁZQUEZ MADRUGA 399

Punto de Encuentro, de Luis de Blas, por Theófilo ACEDO DÍAZ 400

Breve Historia del Colegio Filipense Sagrado Corazón de Jesús de Alcalá de Henares, de Ángel Alba Alarcos, por José Luis VALLE MARTÍN 402

El oratorio de San Felipe Neri de Alcalá de Henares y su entorno urbano, siglos XVIII-XIX, de Ángel Alba Alarcos, por Luis Miguel DE DIEGO PAREJA 404

Otras historias de Alcalá, de Arsenio Lope Huerta, por M. Vicente SÁNCHEZ MOLTÓ 405

NORMAS DE COLABORADORES 409

CALAS EN LA LÍRICA COMPLUTENSE

Tomás Ramos Orea

Fue a mediados de 1961. Un grupo de amigos nos reunimos en el antiguo restaurante de Quintín, el que hacía esquina con la calle del Tinte y la de Libreros. Había poetas, había prosistas y había curiosos. Por decirlo en plan breve: en aquella velada se gestó *Llanura*, la revista poética complutense cuyo primer número vio la luz en abril de 1962. *Llanura* y su continuación *Aldonza* se desarrollaron hasta 1968 y poco después me correspondió el honor de confeccionar la antología *Lira Complutense*, cuya publicación patrocinó el Excmo. Ayuntamiento de Alcalá de Henares en 1970. Decía yo en la Introducción a *Lira Complutense* que no me interesaba más que secundariamente el detalle del nacimiento del poeta en Alcalá de Henares y que, por tanto, se conjuntaban autores: 1. Que vivían en Alcalá. 2. Que vivieron allí parte del tiempo y se hallaron en contacto estrecho y frecuente con la ciudad; y 3. Que de manera continuada y acomodándose en cualquiera de las anteriores categorías hubieran publicado material en una o en las dos revistas y que sirviera para presentar al poeta en sus rasgos característicos. Del grupo de diez que conformaron la *Lira* siete nos han dejado con seguridad irremediable. De los otros tres, dos puedo certificar fehacientemente que al día de la fecha continuamos operativos. De la restante, Rosario García Páramo, “Rosario Moncada”, única mujer del grupo, independientemente de mi instancia desiderativa respecto de su largo y abundoso bienestar, tengo que predicar un “en paradero desconocido”. Co-

mencemos, pues, la cala en nuestros poetas por el orden rigurosamente cronológico de nacimiento con que se presentan en *Lira Complutense*, si bien, y como tributo inexorable a las limitaciones de formato, me veo obligado a limitarme en esta ocasión a cuatro de ellos. Cuento con todo el tiempo del mundo para tratar de los demás en la primera coyuntura propicia que se presente, aclarando, eso sí, y desde este momento, que de la reciedumbre poética de José Chacón, ausente en este trabajo, ya nos hemos ocupado monográficamente más de una vez, tanto en vida como a título póstumo. No en vano, y entre otros reconocimientos, una calle alcalaína y un premio literario lucen su nombre; y una pequeña placa en su memoria adorna la Plaza del Romance.

El lírico humanismo de Julio Ganzo, trascendido de emoción, se refleja en multitud de composiciones, algunas pertenecientes a su libro *Esmeraldas rotas* (Barcelona: Ediciones Rumbos 1955) que, como lema, incorpora en su introito este trío de citas: la primera: “¿Quién que ES no es romántico?” Recordemos la “Canción de los pinos” de Rubén Darío:

Románticos somos. ¿Quién que ES no es romántico?
Aquel que no sienta ni amor ni dolor,
aquel que no sepa de beso y de cántico
que se ahorque de un pino. Será lo mejor.

La segunda cita del lema: “Omnia vincit Amor” (Virgilio). Y la tercera: “No hay cosa en nombre de la cual yo no te ame” (Amado Nervo). De entrada, en el arranque absoluto de dicho libro *Esmeraldas rotas*, una especie de declaración de principios y de estado de ánimo:

Alef

Nosotros, los que luchamos
en el mundo con desgana
con una sonrisa escéptica
en el alma bien marcada;
nosotros, los que ofrecemos

miel a la maldad humana
obteniendo sólo en premio
una cruel carcajada.
Los que escondemos las penas
bajo una tupida máscara;
nosotros, los que sorbimos
la corola – pura grana –
de flores bellas y el néctar
nos supo a esencias amargas;
los que quisimos mirar
si en una joya dorada
era todo oro o tan sólo
era dorada la capa,
y al primer rasguño vimos
la escoria disimulada.....
En nuestras horas lentísimas
van pasando las nostalgias,
y a solas con los recuerdos
de nuestras viejas desgracias
tan sólo entonces sabemos
de una dulzura:

¡las lágrimas!

Con Ganzo calamos en los odres de la sentimentalidad altruista y nos adentramos en un romanticismo sin orillas, sin tiempo y del mejor cuño. De su “Poema enlutado” son estos versos:

En todas partes busco la inmaterial mirada
y los furtivos besos de la mujer amada
que ponga a mis anhelos un poco de calor.

Llevo en mi diestra mano la lámpara encendida,
y así me torno viejo, y así se va la vida:
¡Pero mi último verso será un verso de amor!

Y también de “Canto a la Musa”:

Bella musa ignotal: beber tu lumen quiero.
Tu fe me abre horizontes y calma mi vaivén.
Inspira mis acciones, sé siempre mi venero.
No me abandones, diosa, nunca jamás. Amén.

Julio Ganzo se sentía a gusto consigo mismo con la asunción del magisterio de poetas como Amado Nervo, el modernista mejicano ya citado, de últimos del XIX y primer tercio del XX. El Amado Nervo autor, por ejemplo, de

Si tú me dices “ven”

Si tú me dices “ven” lo dejo todo:
No volveré siquiera la mirada
para mirar a la mujer amada,
pero dímelo fuerte, de tal modo
que tu voz, como toque de llamada,
vibre hasta en el más íntimo recodo
del ser, levante al alma de su lodo
y hiera al corazón como una espada.

Si tu me dices “ven” todo lo dejo:
Llegaré a tu santuario casi viejo
al fulgor de la luz crepuscular...
Mas he de compensarte mi retardo
difundiéndome, oh Cristo, como un nardo
de perfume sutil ante tu altar.

Digo que el Amado Nervo de este poema se cuele en muchos de los acentos de la poesía de Ganzo. Por todos, este cuarteto denso de “Serenidad”:

En mí no hay inquietud. Ni alegre estoy ni triste.
Resignación en mi alma, Señor, aunque me hieras:
Vine cuando quisiste.
Me iré cuando tú quieras.

Otro de los poemas iniciales de su libro *Esmeraldas rotas* es el que titula “Bajo este prisma” y que reza:

Nauta soy que en mi galera
 cruzo el mundo inadvertido,
 sin saber de do he partido
 ni la playa que me espera.

En lucha con el dolor
 se forjó mi voluntad:
 Tengo por norte el amor,
 por timón, la libertad.



Este poema, además de los ecos palmariamente esproncendianos, me recuerda, siquiera levemente, y desde mi de/mal/- formación de anglista, los motivos de William Ernest Henley (1849-1903) en su “Invictus” que incorporo junto con la traducción mía:

Out of the nighth that covers me,
 Black as the Pit from pole to pole,
 I thank whatever gods may be
 For my unconquerable soul.

In the fell clutch or circumstance
 I have not winced nor cried aloud.
 Under the bludgeonings of chance
 My head is bloody but unbowed.

Beyond this place of wrath and tears
 Looms but the Horror of the shade,
 And yet the menace of the years
 Finds, and shall find, me unafraid.

It matters not how strait the gate,
 How charged with punishments the scroll,
 I am the master of my fate,
 I am the captain of my soul.

INVICTO

En la noche que rodea
mi mundo de orilla a orilla
doy gracias al dios que sea
por mi alma que no se humilla.

Bajo crueles avatares
ni gemí ni alcé protesta.
Al golpe de los azares
mi frente herida está enhiesta.

Detrás de este sitio huraño
asoma un pavor umbroso,
mas ni el peso de los años
me halla o me ha de hallar medroso.

Aunque angosto es el camino
y mil penas me impondrán,
soy dueño de mi destino,
soy de mi alma el capitán.

Julio Ganzo era un campeón de la amistad y de la lealtad: lealtad insoportable a principios axiológicos, quiero decir. Respecto de mi familia fueron muchos los homenajes que nos dedicó con su pluma. Sin ir más lejos, cuando mi padre en 1953 leyó su Tesis doctoral de Medicina [decía el hombre con toda razón que si a los médicos, es decir, a los escuetamente Licenciados en Medicina y Cirugía se les llama “doctores”, ni vendría mal ni estorbaría que, además, lo fueran en términos cabalmente universitarios]... cuando mi padre leyó su Tesis doctoral, Julio Ganzo le regaló este soneto todo lo de circunstancias que se quiera pero no carente de estro:

De Hipócrates la máxima experiencia
alumbró los afanes de tu mente,
y venciendo el obstáculo inclemente
encontraste el camino de la ciencia.

Cinco lustros de estudio y de paciencia
coronan los laureles por tu frente,
y una nota de luz... ¡sobresaliente!
al grado doctoral puso la esencia.

Tú diste al sufrimiento ancho consuelo
luchando con tesón y sin desvelo
junto al lecho angustiado del dolor.

Por eso entre los hombres te proclama
el clarín sempiterno de la fama
que ennoblece tu gloria de doctor.

Mi salida poética, en forma de librito por título *Coágulo* (Madrid: Ediciones Arquero 1954), y a expensas, como no podía ser de otra manera, de mi sufrido padre, contó con este estupendo acróstico de Julio Ganzo. Ya se sabe, cada verso comenzando por cada una de las letras en orden que compongan la palabra o secuencia de palabras que fueren, en este caso mi nombre: TOMÁS RAMOS OREA, catorce letras en total:

SONETO-PRÓLOGO

Tus musas te brindaron una lira
Orlada con las más exuberantes
Metáforas de ritmos inflamantes
Ancladas en templanza y llenas de ira.

Sobre un copo el *Coágulo* suspira
Rugiendo sus pasiones anhelantes
Amasadas con polen de diamantes
Más allá de la curva que te inspira.

Olímpico adversario del Pasado
Sumido en un idioma desgastado
Oliscando a babosas de lo impuro,

Respeto, sí, la momia pero envía
 Ecléctico bisel de geometría
 A la luz victoriosa del futuro.

Con todo, el gran captador de esencias vivenciales que era Julio Ganzo; el autor que se pone en el lugar del prójimo y mediante una cala interpretativa vuelve a crear, recrea, asume, sanciona y culmina la peripecia emocional del otro, en lo que a mí atañe se refleja en un poema que escribió sobre una aventura mía. Brevísimamente. Corría el año 1957. Me encontraba yo en Oxford, Inglaterra, en verano, a punto de cumplir los 21 años; y en uno de esos lugares maniobreros de bailoteo y reunión de estudiantes de todo el mundo conocí a una chica islandesa, María, durante el fugacísimo y perecedero rato de una o dos melodías. Tan sólo hubo tiempo de decirnos nuestros nombres, nuestras procedencias, y por mi parte, como compendio, supongo, de aquel turbión de anhelos imposibles de realizar allí y entonces..., como expresión de una instancia compensatoria de la típica frustración del momento real en que se producen las cosas, pues digo que la prometí o, mejor, me prometí a mí mismo ante ella que iría a verla a Islandia. ¿Cuándo? Ni idea.

Y el *cuándo* fue el verano de 1964, o sea, siete años después de aquel primer y único encuentro. Me planté en Islandia, en Reykjavik, y allí, excepto ver a la tal María, me ocurrieron muchas cosas que justificarían, eso sí, parte del contenido de una disertación monográfica sobre el alma de los viajes. Esta aventura mía espiritual queda recogida con detalle en el correspondiente capítulo de mi libro *Mujeres, lugares, fechas...*. El caso es que a mi regreso de Islandia se lo comenté a Julio Ganzo. No recuerdo qué detalles pude darle. Sólo sé que me escribió el siguiente poema publicado en el nº 45 de *Aldonza*:

Modo ritual

El poeta se hallaba satisfecho
 ante su inmensa presa, su mágico poema
 que persiguió incansable, prisa a prisa;
 el poema volátil del color
 y del sonido y del recuerdo
 y de la proyección futura.

En sus años tempranos una nórdica bella
de pálida epidermis, cabellos sulfurosos
y pupilas como árticos crepúsculos
fue el faro de su rumbo
y junto a ella vivió los mínimos azules
cuando la brisa quema
y hay pájaros que piden más espacio.

Pero un tiempo olvidado,
de planos desiguales,
distanció los caminos divergentes
y cada cual se fue a su olivo
aspirando el aroma individual
sin sospechas ni voces apremiantes.

Resurgió la memoria del impacto lejano,
la pasión puso espuelas al afán de querer
revivir el pasado
y el poeta pletórico se encaminó a la Isla
del Hielo, la romántica guarida
del ensueño lozano.

Allí buscó y buscó:
toda la prensa y todos los teléfonos
fueron sus camaradas de aventura.
Pero la joven bella
de pálida epidermis, cabellos sulfurosos
y pupilas como árticos crepúsculos
permaneció escondida
entregada de lleno a su destino,
a su meta distinta, inevitable.

El poeta volvió, compuso su poema
y quedó satisfecho.
Él no pactó jamás con la materia

que hubiera sido, acaso,
un punto de placer sin permanencia.
su cima era la clave del poema,
el recóndito verbo que vibra en la poesía
y es capaz de marcar alguna estela
en las hojas perennes del tiempo y de la gloria.

Decía Homero, o dicen que decía Homero, que los dioses provocaban las grandes batallas entre los hombres sólo con el fin de que los poetas pudieran cantarlas. Lo mismo digo yo de esta peripecia vivencial de mi viaje a Islandia: su última realidad, su auténtica razón de ser radica *en*, se debe *al* hecho de que un poeta, Julio Ganzo, crease un poema como el de referencia.

El Julio Ganzo filósofo (pues era doctor en Filosofía y Letras, rama de filosofía pura), sazonado de conocimiento histórico y humanístico (era autor de un compendio de Historia Universal) además de jugador internacional de ajedrez y autor de 61 monografías e infinidad de artículos dedicados al juego-ciencia..., este Julio Ganzo, digo, se descubre en poemas como “Engaño”, aparecido en el nº 7 de *Aldonza*:

Parecía una flor de suave aroma
por el gesto sutil de un pensamiento
y la gesta capaz de una paloma.

Parecía una flor—una entre ciento—
de fuerte contraluz en el impacto
sin dilemas unidos al intento.

Parecía una flor, el más exacto
emblema saturado en terciopelo,
el pistilo maduro, pero intacto.

Parecía una flor que intenta el vuelo
hacia la gala, el lema o el antojo
y traga sin saber todo el anzuelo.

Parecía una flor, y era un abrojo.

No obstante, dejo para el final de nuestra cala del poeta su aspecto de semántico, de filólogo. Estamos por los años 1951-1952. Yo comenzaba a jugar con las palabras; yo comenzaba a sentirme irremediabilmente trastornado por aquellos temas sobre los que más adelante leería todo lo que – dentro de un orden, se entiende—cayera en mis manos, sin que ello representara las más de las veces avance clarificador alguno respecto de mis primeras, candidas y virginales intuiciones de, como digo, entre mis 14 y 16 años. Nos recuerda Rubén Darío:

“La palabra nace juntamente con la idea, o coexiste con la idea, pues no podemos darnos cuenta de la una sin la otra” (en “Dilucidaciones, VI”, al frente de *El canto errante*, 1907)

y también

“Como cada palabra tiene un alma, hay en cada verso, además de la armonía verbal, una melodía ideal. La música es sólo de la idea, muchas veces” (“Palabras liminares” a *Prosas profanas*, 1896-1901)

Fuere lo que fuere, el caso es que Julio Ganzo, muy probablemente a incitación mía, me escribió este soneto:

Abasias cojitrancas se abisman en adúcar,
 puñales de cloruro dibujan misticismos,
 y entesando trapazas Selene escinde azúcar,
 incienso y entelequias de blancos exorcismos.

Coagulan sus marasmos bambolla de atambores
 drizando sinfonías de impactos ancestrales
 íbidem donde acolan espectros sirgadores
 cual rosas extasiadas de aromas siderales.

Zambuca entre solsticios sofitos de telero,
 dulce acmé de elipsoides en rectas, moribundos,
 cariátidas amorfas con iris sin color.

Trinquete de mesana de utópico velero
estólido y versátil cual ecos infecundos
de espasmos infamantes del sexo y del dolor.

Fue tanto el entusiasmo que mostré por dicha creación, que Julio, bondadosamente, volvió a satisfacer mi capricho con una segunda entrega, esta vez con el título de “Bauprés”:

Bauprés que se arrufa cual binza escorada
drizando azagayas de ecoico balago,
asíntota en farpa tal vez dimidiada
por jalde cellisca con fimo de endriago.

Ciclán irrigado sin nesga hialina
que impetra bulimia gratando grafiholes,
epanadiplosis de granza jorguina
tras gálibo ilota varando penoles.

Instila crinejas un coime jibaro
que incide el bitoque y ahelea un buen garo
del dock en izagas, incuria de adral.

Imóscapo joyo decanta su gofa
que es fúcar de epactas, anáglifo en mofa,
aljófar de arzollas y andión perihelial.

Al ver que mi expectación subía de grados, con paciencia franciscana Julio se avino a escribirme un tercer soneto como desempate final, como para dejar las cosas resueltas definitivamente:

Espuelas en retóricos abriles,
diademas de bitácoras amantes
amarando en añil clausulan antes
que el hiato diptongado de Persiles.

La azafata que ordeña los alfiles
de cirros y de cúmulos laxantes

proyectará de idilios a Cervantes
con las ruedas de cien ferrocarriles.

La luna, luna que entre almíbar cande,
del sol las exegéticas apande,
rosicler de atambor en sí becuadro.

Y al untar de verano caduceos
deslindará en teoremas citereos
haciendo en el zenit un gran taladro.

Ya por mi cuenta, y como si quisiera incorporar un átomo de co-autoría a tan maravillosa realidad, decidí titular al conjunto de los tres sonetos “Tríptico espectral”.

Yo le rogaría al lector que suspendiera su juicio aun a costa de algún sacrificio y de algún esfuerzo. La pregunta que se escapa de puro natural es: “Y eso, ¿qué significa?” y la respuesta por mi parte sería: Pues significa lo que cada cual quiera y pueda hacer que signifique. Verán ustedes. Es cuestión de echar cuentas. El 13 de octubre de 1966 Fernando Arrabal publica en la tercera página de *ABC* “Un soneto pánico”:

“Hace meses escribí varios sonetos que llamé pánicos. Uno de ellos se titula “Tofamiliarin”:

En la parta fistío de Alanipe
las mejigas es vento de mi recho
en tecanos salpuntos del dejecho
con las paullas de Tedros en Colipe

reditina manceta de la cripe
agritano por aide de mi cecho
en Laris de perceros po de mecho
onlicipo simiete de onlicipe

es un golo tro folo y tru recolo
tapical palireca buba bonas
las jasillas matacias en el molo

en los donos los doros son doronas
 pusiestorio de til mel descartaros
 ay que Fenre de milios cascanfaros.

Mis amigos, los lectores y los críticos manifestaron su sorpresa ante este poema. Se habló de provocación, de anti-poesía – quizá recordando la fórmula “anti-teatro” de Ionesco —, de bernardina y de ganas de llamar la atención. Ni los pocos a los que el poema “gustó” supieron explicarme el porqué”. Y a continuación, y hasta la totalización del artículo se extiende Arrabal en reflexiones, consideraciones y justificaciones que yo, en lo esencial, comparto.

Pero es que ya tres años antes, en 1963, Julio Cortázar en su traqueteada *Rayuela* diseña su capítulo 68 en estos términos: “Apenas él le amalaba el noema, a ella se le agolpaba el clémiso... [siguen 19 líneas más y termina] ... hasta el límite de las gunfias”. Según Andrés Amorós, editor para Cátedra, Letras Hispánicas, 15ª edición, Madrid 2001, pg. 533 de *Rayuela*, “este capítulo es el ejemplo más llamativo, en la novela, del “glíglico” o lenguaje musical”. Pues ya lo sabe el lector.

Pero es que 22 años antes, en 1941, en el número 26 de *La Codorniz* de 30 de noviembre, aparece el impropriadamente llamado soneto “Tarde de domingo”:

¡Trunios de tu pirrez, ranca y tenera,
 en que el dolfil valur de la nerina
 danfaba la felestra selecera
 de una buria martil y calarina!

¡Trunios de la truniez, trunios de farsa,
 revercante alfidez de la tamarsa,
 toraimil melosciente, jacusita!

¡Yo os sumplo en la pristancia zahariente
 de una dunfa arficaz y talariente,
 adilada de arbil y gemalfita!

(N.H.)

Pero es que también, muchísimos años antes, en 1922, uno de los grandes prebostes de la crítica literaria británica, I.A. (Ivor Armstrong) Richards, en su influyente *The Meaning of Meaning [El significado del significado]* nos dice: “A poem has no concern with limited or directed reference. It tells us, or should tell us, nothing” [“Un poema no tiene por qué referirse a nada; no nos dice, o no debiera decirnos, nada”]. Éste es uno de los muchos escritos, obras, con los que en mi ya larga carrera de lector me he estrellado; si bien, y en defensa – que nadie me ha pedido – de todos los posibles peñascos, recordemos con don Julio Casares en su proemio al *Diccionario ideológico ...*, recordemos, digo, que “cuando un libro da contra una cabeza y suena a hueco, no siempre la culpa es del libro”.

La diatriba sobre lo que pueda significar el significado es tan estéril como la distinción a ultranza entre “forma” y “fondo”, “continente” y “contenido”, aplicable a nuestro caso. Los sonetos de Julio Ganzo datan de principios de los años cincuenta, cuando yo andaba alrededor de mi sexto de Bachillerato. Y yo no tenía ni tuve nunca idea de si Ganzo conocía lo que Amado Alonso ya estaba cocinando por entonces y que aparecería en su conocidísimo *Materia y forma en poesía*, donde para solventar el engorrosísimo impasse, estúpido las más veces sobre la cháchara de que si el fondo o de que si la forma [impasse y cháchara en los que caen, muy enfática y naturalmente, muchos que se tienen por expertos en el tema] ... para superar, digo, la supuesta disfunción se enjaretó lo del “contenido formante”, una conceptualización acomodaticia y ecléctica. Porque ¿quién con un poco de olfato estético y un bastante de buena fe no ha llegado a idéntica conclusión? Carlos Bousoño, por todos, se ha hartado de decir, al hilo de su estudio de la poesía de Vicente Aleixandre, que todo *fondo* concreto implica ya una *forma* específica, y viceversa. Cuando en *Interpretación y análisis de la obra literaria*, de Wolfgang Kayser, leímos eso que se atribuye a Goethe: “Gehalt bringt die Form mit und Form ist nie ohne Gehalt” [El contenido lleva consigo la forma y la forma no es nada sin el contenido] no hicimos más que reiterarnos en la obviedad de los supuestos.

Insisto. Yo no creo que Julio Ganzo conociera lo que Amado Alonso estaba materialmente redactando de primeras por aquellas fechas; ni tampoco

la original versión alemana de la obra de Kayser [la inicial española esperaría hasta 1954]; ni mucho menos la localización exacta, desconocida por mí, de dicho apotegma de Goethe en su propia obra. No. Julio Ganzo llegó a donde llegó, por intuición y por su inmensa preparación humanística. Y además, lo que hizo lo hizo con palabras españolas que vienen en los diccionarios y no con lenguajes inventados ni jergas “glígllicas”. Después de lo dicho, participar a mis lectores de mi entusiasmo y del asentimiento que presta mi alma a los tres sonetos referidos me parece redundante y ocioso. Julio Ganzo fue una de las mentes más bondadosas, más pertrechadas de sabiduría cosmovisiva que yo haya jamás conocido. Por las vicisitudes de la vida no dispuso nunca de ningún juego de espejos, de ningún sistema de amplificadores por los que su inmensa valía hubiera brillado y resonado cien mil millones de veces más. Otros, con esa cien mil millonésima parte de entidad parece que brillan y parece que suenan. Pero nosotros somos sabios y sabemos distinguir.

Alberto Álvarez-Ruz, sevillano de Estepa, ejerció destinado en Alcalá de Henares un tramo de su carrera militar del cuerpo de Aviación, allá precisamente por los años en que nuestra aventura poética comenzaba. Un poemilla publicado en el número 12 de *Llanura*, y con el título “Sur”, llamó siempre mi atención por la cala impresionista que hace en las provincias andaluzas:

Cádiz, salada marisma,
con Huelva, brumosa y pálida,
raíces son de la tierra
del rumor y la nostalgia.

Palmeras. Costas de luz
por Málaga y por Granada.
Verdeceniza de olivos,
Jaén heroica. Con alas

Córdoba – torre o kasida.
Almería, miel y jarcias
puestas al sol.

Y Sevilla
capitana.

Dirán ustedes, sí, ya sé lo que me van a decir: que les suena mucho al “Canto a Andalucía” de Manuel Machado:

Cádiz, salada claridad. Granada,
agua oculta que llora.
Romana y mora, Córdoba callada.
Málaga, cantaora.
Almería, dorada.
Plateado Jaén. Huelva, a la orilla
de las tres carabelas.
Y Sevilla.

Pero ¿no es verdad que el “Sur” de nuestro reseñado no desmerece? Sin embargo, donde creo que Álvarez-Ruz raya a más altura es en su *Libro de los homenajes*, galardonado en 1978 con un accesit al Premio Francisco Vighi. Todas las semblanzas son estupendas, preciosas. Objetivamente, destaco la que dedica a Vicente Aleixandre. Con todo, Alberto lleva su generosidad a cotas de difícil superación al regalarme su penúltimo poema del libro, mi retrato, después de que su pluma haya trazado los de Manrique, Garcilaso, Fray Luis, etc., junto con otros gigantes modernos:

Tomás Ramos Orea

Cuando miro tus belfos, que declaman rendidos,
y tus iris chispean como largas lagunas,
comprendo más el viento que te trae y te lleva
por este mundo nuestro de aves y canciones.

Tu corpachón enorme de bondades es tronco
que errático bebió en hondas metafísicas,
y tus brazos son remos robustos que golpean
la amplia geografía que vadearon tus ojos.

Y eres, Tomás, no santo, acaso más, poeta,
con la vehemencia niña del que espera y construye,
el sabor de un poema escrito a una azafata
o el hablar de mujeres como un ensueño verde.

Se comprenderá que algo así sólo puede contraprestarse con un eterno agradecimiento.

Nos trasladamos a Luis de Blas, uno de los miembros fundadores de la aventura complutense hacia la poesía de principios de los años sesenta. Ya en abril de 1962, hallándome yo en los EE.UU. de América, me dedica el bello poema que, como opción personalísima mía, incorporo en la Presentación-Prólogo escrito que hago a su libro *Por montes y riberas*:

Carta en primavera al poeta Tomás Ramos

Y ahora quiero decir, Tomás, que un viento más nuevo te reclama en cada esquina llamando por tu nombre, oh, la balada del viento entre nosotros. Se despierta la voz desde las brújulas del sueño para decir: amén; hasta que nunca sepamos qué campana nos levanta en esta hora.

Tomás, el viento es nuevo y reverdece la sombra al pie tiñendo mi esqueleto de esperanza. Yo sé que mis caminos se pierden en la duda, que no, nunca podré subir al monte de los justos poetas. Sobre todo yo voy de la llanura adonde pueda cantar sencillamente mi aventura.

El mar es otra cosa. Se adivinan, Tomás, múltiples pechos azules navegando al infinito. El mar es ese “viejo camarada de infancia” (aquí Morales). Esta carta la tiendo al viento y mar que nos divide en lunas, megatón y continentes.

Acaso es un pretexto. Sólo quiero
decir que pintan oros, que mañana
será la amanecida de los labios
en busca de una flor; de los arroyos,
del viento – que te digo que es más nuevo –
o acaso de unos labios a otros labios.

Ayúdame, Tomás, mientras levanto
la copa de mis versos, participa
tus Ramos en la ofrenda emocionada
naciendo allende el mar en voz y puente
cruzados a la ausencia. Alza tu espiga
remota, pregonando
su verde arquitectura, la alegría
de una nueva estación,
de esta alborada.

Un recuerdo en clave lúdica nunca viene mal. Con motivo de la aparición del número 1 de *Llanura* resulta que mi colaboración eligió la forma conocida más o menos como “literatura automática”. Se trataba de un poema de amor pero, como digo, bajo la especie de eso que en español se entiende por “flujo psíquico”, como traducción del “stream of consciousness method”; algo un tanto chocante, en todo caso, con el resto de las aportaciones. Nuestro querido, recordado y admirado cronista alcalaíno “Luis Madrona”, o sea, don Fernando Sancho Huerta sacó en el entonces *Nuevo Alcalá* una de sus habituales y finas columnas “metiéndose” con mi poema y dando pábulo a mi divertimento, como no podía ser de otra manera, tratándose de un amigo y respetado maestro de la glosa irónica.

Empero, nuestro Luis de Blas se sintió “picado” por aquella intromisión, y con la excusa – divina excusa – de romper una lanza a favor de ... de que cada cual escribiera como le diese la real gana, el caso es que me dedicó estos cuartetos absolutamente egregios, con el título “Poema del retoño”, como pequeño retruécano alusivo al “otoño” carroza de las inclinaciones poéticas supuestamente caducas de don Fernando Sancho:

Poema del retoño

Al poeta Tomás Ramos Orea

PONGO tu nombre aquí, donde se pueda
ver sin disfraz, porque nobleza obliga,
clara la voz cuando la voz persiga....
pero ¿tú sabes qué? Punto y me queda

después del carnaval sabor a broma,
y es que dicen que siempre el regocijo
va por barrios, ¿te pongo un acertijo?
Dime, ¿qué es poesía? – punto y coma —;

si lo resuelves manda el teorema
en clave y con urgencia: lo esperamos;
si dices corazón, noche o hermanos
presiente que andas flojo en este tema.

Si tú contestas luego: “Poesía
es comunicación”, no, no te vale.
Verás, en estas cosas siempre sale
a relucir la aguda miopía.

Pon cascabel al verso, que haga ruido
sin que te inquiete el fondo, en estas cosas
hay que tomar medidas rigurosas
de rara precisión. Punto y seguido

va la marca del metro que conviene;
yo por mi parte mido con los dedos
— la cuenta de la vieja — : esos enredos
no van para estos años. Uno tiene

que hablar – dirás por qué —, pues porque a uno
le tiran de la lengua con dulzura

de torpe mascarada, por la impura
senda infeliz del gesto inoportuno.

Te digo la verdad, me llega un fuerte
olor a naftalina en este otoño
que tengo ya que repetir, “retoño”
para mi buena o por mi mala suerte.

Tanto meter los dedos en la boca,
tanta comparsa ... : mira, si esto es cierto:
“ladran, pues cabalgamos”, sé despierto
que mi caballo en brío se desboca.

Tú lo sabes también, lo saben todos,
que la parodia siempre causa risa,
mas digo yo: meterse uno en camisa
de once varas, ¿por qué? De todos modos

vengan a mí la crítica, el consejo,
la voz de amigo y la entrañable mano,
que yo soy nada más que un hortelano
con un jornal amargo y no me quejo.

Andamos tan confusos por la vida,
tan llenos de razón por otra parte.
que uno puede ser sabio en cualquier arte
por la gracia tomada a su medida.

Estamos entre copla y bagatela
hartos de ser lo mismo en los asuntos
de cada día, te diré – dos puntos — :
aún hay para cortar bastante tela.

Cuando la tarde sin rencor, ya a lomos
del viento muere, me pregunto y luego
respondo sin saber si yo estoy ciego
o no somos nosotros lo que somos.

Véase cómo de la anécdota saltamos a la categoría. En este poema, que diríamos de coyuntura, y de época temprana, yo veo recogido ya lo más sobresaliente de la banda de registros de Luis de Blas: ese dejo estilizado y atento a las estrecheces de los menesterosos; esa prestancia lírica coloquial; esos quiebros métricos y conversacionales. Y todo ello en razón de un primoroso manejo del endecasílabo. Miren ustedes, a mí me gustaría imaginar que cuando en los primeros balbucesos del Dolce Stil Nuovo, Brunetto Latini, maestro de Dante, y otros, comienzan a experimentar con la arcilla paroxítona del endecasílabo me gusta imaginar que algo inédito, revolucionariamente distinto empieza a tener lugar en el capacho, en el cuévano de los designios de los orbes infinitos. Porque el endecasílabo es, en particularísima opinión, se entiende, uno de los descubrimientos más genesíacamente bellos de todas las cosmogonías; una de las manifestaciones de más frondosa, de más acabada, de más cuajada musicalidad. Si toda lengua lleva consigo una filosofía; si todo lenguaje implica una “Welthanschauung”; si se quiere con palabras, se ama con palabras yo aseguro que el encofrado de un buen endecasílabo es, tiene que ser algo parecido a una unimismación con el logos. Y resulta que Luis es un gran orfebre del endecasílabo. También, por supuesto, de los demás metros. Las bandas o autopistas de creación de nuestro poeta son de amplio espectro y están todas prácticamente representadas tanto en *Por montes y riberas* como por cualquiera de sus restantes libros. De los comienzos, asimismo, de su andadura poética, yo citaríá su soneto “Andaluz solo”, publicado en el número 10 de *Llanura*. Se refiere al libro de poemas del mismo título del andaluz Juan Ruiz Peña, fallecido ya hace bastantes años, que pasó la mayor parte de su vida trasplantado o, como hubiera precisado el filósofo José Gaos, *trasterrado* en Salamanca como catedrático de literatura en un Instituto de E.M.

Andaluz solo

Para Juan Ruiz Peña

Yo subiré, si puedo, hasta la seña
de tu sola andadura, compañero,
Andalucía desde el burladero,
Catedral vino a vino, peña a peña.

Y tu estarás allí, sueña que sueña,
 en las almenas de la luz, arquero
 desde el páramo gris al sol primero
 caliente de jazmín, patria pequeña.

El sur, lejano sur de tu esperanza,
 playa y rito, canción a flor de boca,
 te llenará la voz de compañía.

Y tú estarás allí, frontera y danza
 del corazón al norte que te toca
 de soledad y de castellanía.



También, dentro de su antología *Por montes y riberas*, me gustaría destacar, entre otros muchos, *primi inter pares*, el fragmento último que el poeta, en diseño de arquitectura musical, llama “presto agitato” de su “Elegía a Camarón”:

Camarón de la Isla - de León - ,
 patético oficiante de tristeza
 torrente, volcán, voz, desolación.

Asomado a una fragua / fortaleza
 cantas y mueres en tu velatorio
 desnudo de los pies a la cabeza.

Por tu voz se navega al purgatorio
 como a un rueda de sombra dolorida,
 sucursal de flamenco territorio.

Embistiéndole al bulto de la vida
 tu viejo corazón de arte y ensayo
 pone en hora el reloj de la corrida.

Camarón de las olas y del rayo,
 penitente de espina nazarena,
 ensimismado entre gitano y payo.

Corniveleto el toro de la pena
sospecha por la playa un burladero
con el luto clavado entre la arena.

Tu cruz de soledad es un madero
que tuvo, siempre, su raíz más honda
donde está Andalucía bajo cero.

Donde tiene el dolor parada y fonda
escandalosamente en la bahía,
Camarón, por la muerte que te ronda.

No encuentra la guitarra compañía
cuando se pone el sol en San Fernando
entre espuma de sal y poesía.

Al cante, ay, Camarón, se va soñando
el pájaro de fuego que escapó
de tus cierros de amor revoloteando.

No sabe la memoria que pasó:
Flamenco vivo tú de raza pura
y hermoso dios carnal y, ahora, ya no.

Andando por la calle La Amargura
ya no se va contigo a alguna parte
porque la cubre un velo de clausura.

Corazón de un eterno baluarte
de lírica pasión entre los vientos
que, infinita, en el alma se reparte.

En Sancti Petri se escucharon tientos
cuando el sol declinaba ya su día
de doloroso viernes de lamentos.

Noche, al claro de luna, se partía:
media en tu fría mano tatuada,
la otra media, velándote lucía.

Camarón de la Isla, donde cada
mañana, roja, nacerá una rosa
a tu nombre y tu ausencia dedicada.

Ah, tu voz de llamada tenebrosa,
de irrepetible son de terciopelo,
de brea y de canela, en la honda fosa.

Camarón de la Isla: voz de duelo
de cósmica razón y geometría.
Salmo inmortal, calé de tierra y cielo
inventándote el mundo, noche y día.

Luis es sobradamente el primer poeta alcalaíno de toda nuestra reciente historia; fulcro y brazo de potencia poéticos; inepción y propagación; concepción y ejecución. Desde su propia voz actual, desde su propio talante estilístico Luis compacta, proyecta y justifica la salida nuestra, la salida de los nueve magníficos *más uno* de *Lira Complutense* hace más de 45 años. El cuaderno de bitácora poético de Alcalá de Henares sigue haciendo anotaciones, sigue enriqueciéndose con la poesía incansablemente laureada de Luis. La proa del bajel de su inspiración no se adorna de mascarones espurios sino de una Victoria Alada atenta y providente. Mientras Luis siga al timón de su nave, en Alcalá de Henares continuará existiendo diaria singladura hacia la poesía. Siempre.

El que esto escribe, o sea, un servidor, también me considero miembro activo del grupo, siquiera en parte, cuya mini-biografía literaria estoy esbozando. Yo [sin perdón por el empleo de la primera persona como, por otra parte, lo hace Cervantes en su *viaje del Parnaso*: “Yo corté con mi ingenio aquel vestido / Yo con mi estilo en parte razonable / Yo he dado en *Don Quixote* pasatiempo / Yo he abierto en mis *Novelas* un camino / Yo soy aquel que en la

invención excede / Yo el soneto compuse que así empieza / Yo he compuesto romances infinitos / etc., etc., Yo, yo, yo..]

Yo...

Soy la coneja de lo abstracto
cansado de parir entes salobres
de tristeza,
y me dice el azar que todavía
no está lleno de olímpica amargura
el destino que viste la gala de mi nombre.

Porque si es vida recorrer
el horizonte donde sale vestida
de amor y no encontrarla.

Si es vida tascar eternamente
la dolencia incurable
que palpita en sus ojos,
y pasar por el mundo como un trozo
de risa refugiada en el estiércol de los hombres.....

Si es verdad que eso es vida,
es mejor que mi nombre
no manchara una arruga de la tierra.

Eso decía yo de mí mismo en el primer poema de mi librito *Coágulo* de 1954.

Declaraciones poéticas aparte, instancias desiderativas, “*pia desideria*” de mozo-poeta aparte, sí es cierto que yo he llevado la poesía complutense por muchos países del mundo, confesando por anticipado que la difusión de la obra de mis amigos me ha significado siempre el ciento por uno en munificencia espiritual. Ya desde mis despachos de las Universidades norteamericanas donde profesé entre 1961 y 1971 – cubriendo así, por tanto toda la existencia de las revistas *Llanura* y *Aldonza* – el mazo de 20 ejemplares que mensual y puntualmente me enviaban desde España, me encargaba de repartirlos y di-

fundirlos quintaesenciadamente, uno a uno, en prácticamente otros tantos países *por, en y a través* de la persona de algún adelantado, conocido o cofrade poético. Añadamos a esto las 66 semanas en que, domingo a domingo, Daniel Vindel leyó otros tantos poemas nuestros desde los micrófonos de Radio España de Madrid para todos los ámbitos. Después, en años posteriores y personalmente, he propagado la poesía complutense por todas las naciones hispánicas de Sur y Centroamérica, y el Caribe. Y asimismo personalmente ante autoridades académicas del Hispanismo en Filipinas, como don Guillermo Gómez-Rivera, miembro correspondiente de la R.A.E.; en Korea del Sur a través del Dr. Kim Ibae; y en Thailandia (Bangkok) por los oficios de la doctora Pornsom Sirisambandh, directora de la Sección de Español de la Universidad de Chulalongkong, donde precisamente se ha dado cima al que creo que es el primer diccionario Thai-Español / Español-Thai.

En cuanto a mi poesía, en buena parte la entiendo como una cala hacia la diana total, hacia ese inalcanzable *desideratum* de absoluto o mismidad entre expresión y cosa expresada. Ello es la razón por la que un pequeño volumen de poemas míos, inédito, lo haya titulado *Asíntota imposible*.

Veamos: Un día de verano de 1969 estaba yo en la catedral de Colonia (Alemania) y vi a un chica arrodillada, rezando y me puse a trazar este soneto:

Perfil gótico

(A una muchacha rezando)

Esa ojiva tronchada mansamente
con que tu tallo se abandona al suelo
y esos labios orantes y ese duelo
encerrado en la cárcel de tu frente.

Y tus manos y el gesto y la corriente
de fervor teologal y casto anhelo
que tu volumen guarda... El rubio pelo
ordenado en ejemplo penitente.

Así te contemplé, vida ignorada,
 en el temblor intacto de tu mundo,
 bajo la luz de tu recogimiento.

Y mi alma en plenitud no escuchó nada
 fuera de tu callar tibio y profundo:
 Y conoció el amor en un momento.

Una vez, en Kingston, Ontario, provincia de Canadá, también por los años sesenta, visité en el Hospital a un conocido mío. Por lo visto me encontraría bajo de defensas y *calado* de desesperanza. El caso es que el espectáculo me propició el soneto

Blancura

Aquí no hay más que muerte gota a gota,
 lo mismo en ese gorro de enfermera
 que en esa blusa de hombre, en su grosera
 mirada, en lo abollado de su bota.

Yo siento que se trunca y se agarrota
 lo voz de la anunciada primavera
 que entra por la ventana; tal vez era....
 No, no: aquí la vida está bien rota.

Rota como la amarra del navío
 encallado en un banco –muerte- frío,
 como es esta blancura de hospitales.

Ya no tiene remedio: sólo falta
 que un buen día como hoy nos den el alta
 y nos digan que somos inmortales.

Pero es rigurosamente cierto que el tema de la azafata aérea, como bien apunta Álvarez-Ruz en su semblanza mía, me ha fascinado desde siempre: por lo que tiene de natural y lo que tiene de inasible; como una permanencia anclada, surta en otra fugacidad. Mi pluma ha dedicado al tema de la azafata

montones, cientos, acaso miles de versos. He estado durante treinta y cinco años frecuentando los aviones. He pasado infinitud de horas en infinitud de aeropuertos, intentando calar en la circunstancialidad inconsútil de la azafata, siempre atento y siempre dispuesto al botín del poema.

Repasemos unas muestras temáticas:

Gesto

(Al retrato en cartulina, para folleto publicitario, de una azafata de SABENA)

No, no me alces el secreto de ese corazón tuyo, renovándose.
Mejor es una bocanada de silencio adensado que una delación dolorosa.
No me digas, no, el secreto de ese tu corazón múltiple que,
como la cotización internacional, recorre todas las subidas y bajadas.
Si acaso, quédate ahí en el retrato éste que compartes con tantas mujeres:
Un toque de la boina, ladeándola. Sobre las sienas, tal vez, cubriendo
 / el redondel de las orejas,
alguna galopada más de oro, ese oro real o confiscado.
Y cuando el vaho del trópico haya empapado tus blusas que, celosas, guarda-
ban
 / la etiqueta de casa;
y el olor de las cosas que atraviesas vaya creando un banco de sonrisas
 / iguales en tu alma;
y la rutina de los sonidos nasales (unas veces) y también palatales,
 / dulcísimos o ásperos,
hayan formado el cauce propicio en tu garganta y en tus dientes....
entonces....
No, no me descubras ese secreto de tu corazón recreándose. Quédate ahí,
 / mejor, en el retrato:
Cuello azul abrochado, blusa azul asomante, y esos flecos
del oro que antes dije que se peinan al viento de tu diverso mundo.

Niamey-Madrid, a borde de un avión de SABENA.
1 de agosto, 1969.

Otra vez, ya en los años ochenta, volaba yo con la Singapore Air Lines desde las Islas Maldivas, en el Océano Índico, hacia Bahrein, en el Golfo Pérsico, para más tarde conectar hacia Amman (Jordania) con el fin de visitar Petra. Bueno. A lo que íbamos. Viajaba yo con un billete “preferente”, casi con toda seguridad porque en ciertos parajes y en ciertas estaciones, por un leve aumento o suplemento de la tarifa le promocionan, “up-grade”, a uno en las escalas de la comodidad. Bien. Una azafata bellísima, solícita y sonriente, mediante la instrumentación del inocente protocolo de profesionalidad impuesto por una de las mejores compañías aéreas del mundo, había memorizado el nombre del único pasajero de clase preferente que embarcara en Male (Maldivas), y que era yo. Y así, se había dirigido a mí llamándome por mi nombre. Quedé desarmado, como desleído en ansias incomunicables, y allí mismo comencé este poema que, dedicado “A una azafata de la Singapore Air Lines que conocía el nombre de los pasajeros a su cuidado”, lo titulo:

Mujer de sueño

Más que azafata, te creí princesa
 sacada de fantásticas lecturas
 de las que uno príncipe regresa.
 Indemne en el quehacer de las alturas,
 tu bella aleación prevaecía
 de fábula y presencia sin suturas.
 Fue todo tan exacto. Parecía
 que en tu uniforme largo cultivaras
 un repertorio de jardinería
 y pentagramas líricos trazaras.
 Ánfora que se estrecha, tu cadera,
 cifra y compendio de armonías raras,
 formaba con la mágico frontera.
 Y entonces fue el milagro. Al acercarte
 y desgranar palabras a mi vera
 pronunciaste mi nombre. Empecé a amarte.

Y como final, final de esta colaboración mía, pues un soneto que, aparecido en el número 45 de *Aldonza* y dedicado a otra azafata, lo titulo

Final

Vestida de uniforme azul marino,
esa cárcel de intrépida dulzura,
le diste al corazón sobrada hartura,
verso al labio, conciencia a mi destino.

Luego creció un silencio, y el camino
que antes fuera de sol y de verdura
se fue mustiando triste ante la oscura
verdad de tu secreto femenino.

Y ya lejana la alegría aquella
de llevarte en el alma a cada hora
como a una compañera cantarina,

me queda sólo tu mirar de estrella
y el eco de tu voz navegadora
peregrina del aire, peregrina.